

La playa de la mejor venganza



En la memoria queda grabado todo, aunque no siempre se pueda recordarlo.

Y a veces, esa memoria olvidada, después de muchos años de callada, nos traiciona y deja escapar gota a gota, antiguos y dolorosos sucesos que nos cachetean, o nos pegan con su amargo puño en el estómago. Esto suele suceder al final de cada día y sobre todo, cuando nos encontramos solos.

Pero ese día fue distinto. Muchos dirán que pudo tratarse de una rara intuición y quizá, estén en lo cierto. Pues mientras le recorría por la frente un perlado sudor frío, Ángel recordó en la Guardia del hospital donde trabajaba, todo lo que le pasó en aquellas mañanas de su lejana niñez. Y lo recordó especialmente, cuando le dijeron que debía concurrir al pedido de un auxilio, frente al mar. Y mientras rodaba la ambulancia, su mente voló hasta aquella parte de su infancia que permanecía casi borrada, tachonada... casi ahogada para siempre.

Cuando muy pequeño, estuvo internado en un antiguo colegio inglés, donde en cada mañana de aquel despertar de su vida, sentía la tristeza infinita del estar sin padres, rodando lejos del cariño y de lo esencial de si mismo: su familia y sus pequeñas cosas. Lo único lindo y rescatable, fueron las excursiones al mar. Por lo menos, siempre fueron lindas, hasta lo que le sucedió.

La memoria es así. Cada tanto deja escapar esos fantasmas retorcidos del pasado. Fantasmas que reaparecen, reavivando las broncas, el odio y el rencor. ¿Cómo olvidar los rostros de aquellos que nos marcaron para siempre? ¿Cómo permanecer indiferente, de cara al recuerdo de la víctima que fuimos en nuestra infancia vapuleada, mientras aun se yergue soberbio, el recuerdo del victimario avasallante?

Victimario personaje que aun recorría sus miedos de dragones, dueño de una imparable fuerza bruta y con el poder suficiente para imponerle sus normas de hiel. Victimario de una pequeña víctima, la cual solo podía obedecer. Y ahora que el agua recorrió cientos de veces por los mismos ríos y que pasó bajo los mismos puentes, tantas y tantas veces, solo una pregunta le penetraba el alma:- *¿Asumiré aquel victimario las culpas de sus propios errores y fracasos? ¿O acaso deberé pagar por todo lo que le pasó a mi madre, en una deuda eterna...?*

- *¿Hasta cuando me dolerá este recuerdo que con nadie puedo hablarlo?* – se repetía entre angustias y vergüenzas, mientras sus cansados y enormes ojos, se le llenaban de lágrimas

amargas. Y mientras paseaban por su mente los relámpagos de tristes recuerdos y de retorcidos miedos... su mente se esforzaba en no hacerle perder al rostro, una hueca sonrisa que lo ocultaba siempre, como una carnavalesca máscara, frente a sus compañeros y amigos.

Víctima de aquellas palizas psicológicas, del manoseo indignante de sus genitales, de aquellas palabras hirientes, de aquellas amenazas sufridas en aquel colegio lúgubre, seguía sintiendo en su alma el terrorismo doméstico, escolar y rutinario, que lo había dejado aun mas abandonado, postrado en una verdadera hecatombe emocional. Los insultos y las vejaciones le seguían doliendo en el recuerdo y los castigos, todavía se le anudaban con lágrimas a la piel de su memoria.

Había perdido la mitad de su vida entre las sobredosis y el alcohol, pero guiado por su instinto, sintiendo cada latido, quería en su cuerpo, en su alma y en su corazón, arrancar aquel que había sido, para poder dejar salir, aquel que debía ser. Y en algo lo había logrado, recibiendo de paramédico...

Pero siempre le pasaba lo mismo. Una y otra vez. Cuando terminaba el día y se relajaba el músculo, surgían a borbotones preguntas y preguntas. Preguntas con solo silencios por respuestas, como calles y ciudades solitarias en una eterna falta de ecos y de réplicas. Vacíos y recuerdos que como correntadas de ríos, enmudecidos en sus ruidos y sin el habla de su agua, chapoteando en sus orillas, se burlaban de su masculinidad. O como solitarias cumbres, demasiado altas y vacías, lo hacían sentir como a un niño abandonado y solitario, perdido en el medio del camino que llevaba hasta una playa.

¿Qué puede uno esperar, cuando ha sido un niño abusado? Y él, era solo eso. O por lo menos, era eso lo que creía ser. Una víctima de maltratos y de violencias, demasiado graves. Hasta físicamente abusado, violado por uno de los celadores que debió cuidarlo. Ser abusado, deja esas marcas que duelen en el alma y que encima, no se pueden compartir con nadie... ¿qué persona puede moldearse, cuando le han robado así la infancia?

Pero también ese niño del que se ha abusado y que ha sido abandonado, puede a veces, verse proyectado por la vida a ser una peligrosa bomba con el tiempo. Muchas, muchas veces esa víctima... se transforma en victimario. Víctima y victimario que termina utilizando hasta su debilidad, o la lastima que inspira, para manipular a quienes victimizará.

Y ese día lo vio a su victimario. Era ese accidentado al cual debía socorrer. Lo reconoció al instante. Era él. Habían pasado años, lustros y décadas. Ahora las manchas en su piel, las arrugas profundas y las bolsas debajo de sus ojos, habían transformado en algo viejo su aspecto marcial. Pero era él. Sin ninguna duda. El tiempo se le había acumulado a lo largo del tiempo. Su rostro era una mezcla lenta de arrugas y de anillos, sobre todo en la piel de alrededor de sus ojos. Pero seguía siendo él. Víctima y victimario, al final se enfrentaban cara a cara, en un dolor y una culpa, que quizá saliese a flote. Frente a frente, por azar y efecto del destino.

Y fue así de inexplicable. Justo en ese espacio abierto, inmenso, no apto para revivir pasiones oxidadas, en ese paisaje ventoso y soleado de una playa, donde no en vano el

pintor celestial derramó sus pinturas más bonitas, en ese extenso devenir de maravillas y arenales, se produjo el reencuentro inesperado. Cara de hombre o cara de mono, una antigua víctima que lo miraba de frente al victimario, destilando la furia incontenible del dolor de recordar al adversario del pasado y del presente. Cara de hombre o cara de mono, el victimario que reaccionaba también, con el gesto universal de la sorpresa, abriendo su boca y desatando los ojos bien abiertos.

Y más allá, las olas rompían en un bramido ensordecedor contra las rocas, serenándose luego por un rato. Todo era dominado por ese indómito mar que se derretía en espumas... para luego, recobrar su ímpetu y arremeter con más bríos. ¡El mar! Soplabla el viento cada vez más fuerte, la marea permanecía alta y las olas del recuerdo también rompían en su pecho, abriéndoselo como puñales. Ángel, frente a su victimario herido en una pierna, muy fracturada y con sus huesos expuestos al aire, mientras le sangraba sin parar. Una ola enfurecida, como leyendo a la distancia la bronca que hervía en el corazón de Ángel, había arrojado al victimario entre las rocas, cuando este paseaba por la zona de los malecones.

Una vigorosa arteria expulsaba su pequeño chorro de sangre vital, en una catarata de rojos rutilantes, imparables. Se hacía necesario detener cuanto antes la vigorosa hemorragia, para salvarle la vida al antiguo victimario. El error se producía a veces al atender en las urgencias a estas hemorragias, cuando algún inexperto paramédico, no le aplicaba de inmediato una pinza a la arteria, que le colapsase las paredes. Solían cubrírsele con gasas y vendas, olvidándose del chorro imparable y poniendo en peligro la vida del accidentado. “Murió camino al hospital”, solían publicar los diarios al otro día. Y nadie tenía la culpa de nada....

Victima y victimario se miraron a los ojos. Victima y victimario se reconocieron al instante, a pesar del tiempo y las arrugas. Las olas seguían salpicando con su rugir y con su espuma, al paramédico y al enfermo. Era ese momento exacto en que el destino, reclamaba venganza, queriendo transformar la antigua víctima en victimario y al victimario del pasado, en víctima actual de sus antiguos abusos. Era demasiado fácil, sencillo, simple e inculpable, dejar que la arteria se apagase, mientras se coloreaban más y más de rojo las aguas del mar, que lamía desesperado las heridas abiertas.

No había terceros que supiesen que es lo que debía hacerse. Los pocos curiosos que se habían acercado, ni se atrevían a mirar. La ambulancia sin médico, lo había traído rápido, sin demoras. Lo suyo eran los primeros auxilios básicos y nada más... Después de todo ¿Quién podría inculparlo? Todo su ser, su pasado, su orgullo y su necesidad de sentirse mejor en el futuro, le ofrecían en bandeja la venganza. Y con no actuar... actuaba.

Y el dilema moral se instaló con mucha fuerza en su cabeza: - *Vengarme o no vengarme, ¿Por qué me resulta tan difícil decidirme? Hubiese sido mucho mejor reencontrarme con él, pero en otras circunstancias* - repetía su cabeza, mientras insistía en la idea de venganza - *Venganza es devolverle al otro ese dolor que me produjo, incluso dañándolo mucho más allá de lo que él, a mí me lo hizo. Venganza es refregarle en su cara que la vida, es como el rayo de una rueda, que a veces esta arriba y otras, bien abajo. Venganza es esa explosión de ira al cambiarse, las relaciones de poder. Venganza es permitir que salga mordiendo desde adentro, ese animal enfurecido que ha tomado conciencia que es voluble. Venganza*

es el único placer del débil, del cobarde... y nunca jamás es como se dice, que es placer de los dioses poderosos.

- ¡Excelente, fue excelente! La compresión que usted realizó sobre esa arteria con la pinza, le salvó la vida a este pobre hombre. ¡Lo felicito! - le dijo el médico de guardia, cuando la ambulancia llegó ululando al hospital con el herido. Como paramédico, había actuado perfecto.

Es cierto que su mente, amargada y resentida durante tantos años, cuando reconoció a su antiguo victimario, solo había pensado en la venganza. Pero sus dedos habían cumplido con ese deber humilde que le marcaba el compromiso asumido, de ayudar siempre a los demás. Y Ángel ahora se sentía muy bien, mucho mejor... pues había comprendido que solo ayudando, se cicatrizarían para siempre sus heridas.

Fin
Fin